



Capítulo 327 - ¿La familia de Sabrina?

El anuncio de los sirvientes atravesó el polvoriento patio como una sentencia de muerte.

El ojo de Sabrina se contrajo una vez. Dos veces. Luego, todo su rostro se retorció en una expresión de pura e implacable incredulidad.

«Lo haré», susurró con voz mortalmente baja, «mataré a cada uno de ustedes».

La mayordoma, una anciana con el rostro curtido que de alguna manera brillaba con una alegría fuera de lugar, aplaudió. —¡Oh, señorita! ¡Pensábamos que nunca volvería! ¡Y con tan maravillosas noticias! —Su mirada se posó en Tianlong, luego en Kai, que temblaba y tenía los pantalones empapados, todavía acunado en sus brazos—. ¡La señora estará encantada!



Los labios de Tianlong se curvaron en algo que casi parecía una sonrisa. «Bueno», dijo lentamente, ajustando su agarre sobre el chico gato que gemía, «esto es... incómodo».

La mente de Sabrina se aceleró. Ese bastardo parecía demasiado divertido con toda esta situación. Por supuesto que sí. Para él, esto probablemente era como ver un espectáculo: su humillación a la vista de todos porque se había anunciado que estaba casada.

Sin embargo, no podía ignorar esa pequeña parte irritante de su atención que se fijaba en cómo había manejado la situación de la puerta, no con fuerza bruta, no, aunque sabía que era capaz de hacerlo, sino con estrategia.



Precisión calculada. Le molestaba que ese pervertido cabrón también fuera... competente.

Akane dio un paso adelante, con sus orejas de zorro temblando mientras luchaba por contener una sonrisa. —¿Debería corregirlos, señora Sabrina?

—No te atrevas. —Las palabras de Sabrina salieron estranguladas, con su cola de tigre azotando detrás de ella como un látigo.

Pero ya era demasiado tarde. Los sirvientes ya estaban corriendo de vuelta a través de las puertas rotas, con su charla emocionada derramándose en el viento.

«¡Señora! ¡Señora! ¡La señorita ha regresado!».

«¡Ha traído un marido! ¡Y un niño!».

«¡Oh, qué bendita noticia para la familia!».

El cabello plateado de Sylvia captó la luz del sol que se desvanecía mientras inclinaba la cabeza, sus ojos cristalinos evaluando en silencio la finca en ruinas que se encontraba más allá de las puertas. —¿Esta... es la mansión de tu familia? —Su tono era cauteloso, neutral, pero la pregunta estaba cargada de un juicio tácito.

Sabrina apretó la mandíbula con tanta fuerza que Tianlong casi podía oír el rechinar de sus dientes. —Es la finca de la rama secundaria de la familia. No es el palacio del clan principal —dijo con palabras agudas y amargas—. ¿Ya estás contento?



«Extasiado», respondió Tianlong secamente. Sus ojos se posaron en Kai, que apretaba la cara contra el pecho de Tianlong, todavía temblando. «Oye, chico. ¿Estás vivo ahí abajo?».

«La señora Sabrina da miedo», dijo la voz amortiguada.

«Te lo dije».

Sabrina se volvió hacia él, con los ojos ámbar ardientes. «¿Qué acabas de...?».

«¿Vamos?», dijo Tianlong señalando las puertas con un gesto casual de la mano, ignorando por completo su furia. «Creo que tu familia nos está esperando».

Caminar por la finca era como atravesar el fantasma de un reino que en otro tiempo fue grande.

Este lugar debió de ser magnífico. Tianlong podía verlo en los cimientos: las amplias líneas del tejado, las intrincadas tallas de piedra ahora desgastadas por el tiempo y el clima. ¿Pero ahora? La decadencia se había apoderado de él. Las malas hierbas brotaban entre las piedras agrietadas del pavimento. Las paredes se desmoronaban, dejando agujeros que exponían los patios interiores al implacable cielo.

Los sirvientes se alineaban a lo largo del camino, con sus túnicas raídas pero limpias, que llevaban como insignias de orgullo a pesar de la pobreza. Se inclinaban respetuosamente al pasar Sabrina, susurrando saludos, pero sus ojos se dirigían constantemente a Tianlong, con curiosidad, confusión y recelo.



Un hombre. Caminando junto a su joven señora como un igual. Con mujeres siguiéndole como sirvientas.

Era incorrecto. Antinatural. Contra todas las reglas que habían conocido.

Tianlong sentía sus miradas como pesos que le oprimían. Su Dominio Absoluto se expandió por instinto, sintiendo las corrientes emocionales que se arremolinaban a su alrededor: confusión, juicio, sospecha. Y debajo de todo eso, una tensión más oscura: ¿miedo? ¿O algo que se mezclaba con la anticipación?

—Tus sirvientes parecen... preocupados —le susurró a Sabrina.

—Por supuesto que lo están —respondió ella secamente, sin bajar siquiera la voz—. Eres un hombre. En un mundo matriarcal. Actuando como si fueras el dueño del maldito lugar. —Su cola volvió a azotar, afilada y enfadada—. Si fuera por mí, te habría dejado en la puerta.

«Y, sin embargo, aquí estoy». Tianlong sonrió, mostrando los dientes. «Es curioso cómo se desarrollan las cosas».

Las orejas de Sabrina se movieron, con irritación bullendo bajo la superficie. Odiaba que él tuviera razón. Odiaba haber sido ella quien lo había arrastrado de vuelta aquí. Pero el estado desesperado de Kai no le había dejado otra opción. Y de alguna manera, de alguna manera, él había leído las corrientes políticas subyacentes en cuestión de segundos después de escuchar la historia del chico. Era inquietante. Se suponía que los hombres eran ajenos a estos juegos de poder e intrigas. ¿Pero este? Este era diferente. Y eso la inquietaba.

Kai se asomó desde su escondite en los brazos de Tianlong. —Eh... ¿puedo irme a casa ya, por favor?



—No.

La respuesta vino al unísono de Tianlong y Sabrina, lo que hizo que Kai se encogiera con un gemido lastimero.

Entraron en el salón principal, cuyas puertas colgaban torcidas de sus bisagras. En el interior, tenues linternas de papel parpadeaban contra las paredes cubiertas de tapices descoloridos: fantasmas de batallas y tigres legendarios, cuyos colores se habían apagado y perdido por el polvo y el paso del tiempo.

En el centro, una mujer estaba sentada con el control de una reina. Sus rasgos afilados eran increíblemente juveniles, demasiado jóvenes para ser la madre de Sabrina, y su cabello oscuro estaba peinado con un estilo intrincado, como para reforzar su autoridad. Las túnicas de seda carmesí oscuro bordadas con oro reflejaban la luz de las lámparas, resaltando su elegancia.

Sus manos descansaban en perfecto reposo. Su sonrisa era cálida. Pero sus ojos, esos ojos eran calculadores.

Meilin esperaba el regreso de Sabrina. Pero no tan pronto. La información del clan principal predecía una llegada más tardía, con tiempo suficiente para expulsar a Sabrina y consolidar un nuevo poder sin oposición.

Pero allí estaba. Antes de lo previsto. Sin estar preparada. Y con... compañía.

Detrás de la agradable apariencia de Meilin se escondía una mente aguda. Las órdenes del clan principal habían sido claras: debilitar a la familia secundaria, minarla desde dentro. Eliminar a las piezas poderosas: primero a Sabrina, descalificada; luego a su madre, alejada; y a los hombres, tan ansiosos e ingenuos, fáciles de atrapar.



Ahora Sabrina estaba allí, con los ojos desorbitados, desaliñada y maravillosamente, exasperantemente ingenua.

—Sabrina —dijo Meilin, con una voz dulce como la miel mezclada con acero—. Mi querida sobrina. Qué sorpresa.

Algo parecido al alivio se reflejó en el rostro de Meilin cuando vio la expresión nerviosa y desprevenida de Sabrina. Perfecto. Aún no se había dado cuenta. Todavía había tiempo. Tiempo para darle la vuelta a la historia a su favor.

La furia feroz de Sabrina se desvaneció, sustituida por una cortesía fría y controlada. —Tía Meilin. No esperaba encontrarte aquí.

—¿Dónde si no? —Meilin sonrió—. Alguien tiene que administrar la finca mientras tu madre está fuera. —Su mirada se deslizó más allá de Sabrina, hacia Tianlong—. ¿Y quién es este?

Tianlong era inesperado. Había confianza en él, nada de servilismo. No se inclinó. La miró directamente a los ojos, oscuros e indescifrables, como si pudiera ver a través de ella.

Una sombra de inquietud cruzó el rostro de Meilin, rápidamente disimulada. No, solo era algún tonto que Sabrina había recogido en sus viajes. Los hombres eran buenos para una cosa, y desde luego no era la estrategia.

Tianlong dejó a Kai en el suelo. El niño se escabulló detrás de él, encogido.

—Un invitado —dijo Tianlong simplemente.



—Qué atrevido —respondió Meilin, entrecerrando los ojos—. En esta casa, los hombres no hablan a menos que se les dirijan la palabra primero. Quizás provienes de circunstancias más sencillas...

El insulto fue dulce, pero afilado como una espada.

La sonrisa de Tianlong se amplió.

Sabrina entrecerró los ojos mientras observaba el intercambio verbal. Su tía estaba jugando al tradicional juego de dominación, algo previsible, esperado y aburrido. ¿Pero Tianlong? No se inmutó. Sin disculpas, sin sumisión. Solo divertido. Como si se tratara de una broma que solo él entendía.

«Mis disculpas», dijo con voz empapada de fingida sinceridad. Se deslizó en el sofá frente a Meilin, con los brazos extendidos casualmente sobre el respaldo, con total tranquilidad y arrogancia. «No estoy muy versado en vuestras pintorescas costumbres».

La temperatura de la habitación descendió en picado.

Detrás de Tianlong, Sylvia, Akane y Xiang se movieron sutilmente, formando una formación protectora y atenta, de pie, no sentadas, sirviendo a su hombre. Instintivamente. Naturalmente.

Y completamente erróneo según todas las reglas que Meilin conocía.

Su sonrisa se tambaleó.

Tres mujeres poderosas, de pie detrás de un hombre. Como si fuera su líder.



Impossible.

Su mente se apresuró a encontrar una explicación. ¿Encantamiento? ¿Control mental? Pero no, sus ojos estaban claros. Dispuestos. Ellas habían elegido estar allí.

El miedo floreció agudo y ardiente en el pecho de Meilin. Este hombre era peligroso, por ignorar las reglas, por demoler el orden social con una sola postura.

Tenía que deshacerse de él. Rápido.

La sonrisa de Meilin se cristalizó en hielo. Los sirvientes que permanecían cerca de las paredes se quedaron paralizados en medio de sus movimientos. Una mujer dejó caer la bandeja del té; la porcelana se rompió en el silencio.

—Madre —se oyó una voz aguda desde la entrada lateral—. ¿Por qué demonios hay un hombre sentado mientras las mujeres están de pie?

